

Carta del Uruguay

Por Carlos MARTÍNEZ MORENO

• El hecho, no ya del mes, sino acaso del año, en la actividad cultural del Uruguay es el resurgimiento pujante de la labor editorial. Vecino a Buenos Aires e inundado por sus ediciones, Montevideo parecía destinado a seguir siendo un simple mercado de consumidores. Si los montevideanos leían algo de sus propios escritores, es lo que les venía editado desde la Argentina (Amorim, Onetti, Jesualdo...). Considerado caro en su costo de edición y restringido —por eso mismo— a un mercado reducido, el libro uruguayo, como hecho artístico regular, no existía. Desde el año 1960 al presente, de un modo coherente y persistente, ha empezado a existir. Hoy hay ediciones estables, y han encontrado un eco de receptividad simpática que, aunque en números no muy altos, resulta estimulante y supera lo previsible, en el cálculo de los pioneros de esta segunda época del libro nacional. Un grupo de doce escritores reclutó socios para asegurar una base de tirada, y se lanzó a la edición cooperativa de sus obras, con renuncia al lucro individual. Es la Cooperativa Editorial Asir, de la que se han publicado ya siete títulos en pocos meses, varios de los cuales aparecen como serios candidatos a los premios nacionales y municipales de 1961. Un editor y librero comercial, Benito Milla (que une a ambas condiciones la más antigua de escritor español), ha lanzado ya con éxito varios títulos de narrativa en su serie de "Letras de hoy", a la que se adjudican, en comentarios de buena fuente, los cuatro premios nacionales de narrativa a discernirse para 1961. Y en estos primeros días del mes de noviembre lanza una colección de Poesía —género tenido como comercialmente indeseable en el país, donde la pululación de *brochures* poéticas responde a la autofinanciación privada (a veces ayudada por el crédito oficial del Banco de la República) de los poetas, pero hasta hoy no había supuesto la posibilidad de un editor comercial— y realiza, en su céntrica Librería Alfa, un *vernissage*, con críticos y autores, para los cuatro títulos simultáneos e iniciales, de poetas uruguayos, con que inicia la colección. Este renacimiento del libro arrancó, históricamente, de una Primera Feria del Libro Nacional, efectuada en la explanada del Palacio Municipal. Su éxito ha determinado a sus patrocinadores a repetirla para fines de noviembre, tras haberla ensayado, hace algunos meses, en Punta del Este, centro balneario del país. Esa Feria, con lecturas y conferencias a cargo de escritores, y debates a cargo del público, fue un síntoma vivo del acercamiento entre el escritor y la gente, que está operándose auspiciosamente en el Uruguay; luego del vacío languidecer de la Generación de 1920, que prefirió los cargos públicos y las recoletas ediciones oficiales, las academias de letras y las corresponsalías del Instituto a la reválida ante el lector indiscriminado, la Generación de 1945 está haciendo por hallarse con su público. Semana a semana, una institución teatral independiente (el Galpón) realiza sesiones con entrada libre, en las que los escritores leen y comentan su obra, sea

ella narrativa o poética. Y a esa novedad han ido correspondiendo cada día audiencias más numerosas y autorizadas. Aunque los mejores críticos oficiales del país tienen ya años de ejecutoria, el espacio y la asiduidad que diarios y semanarios conceden a la crítica del hecho artístico (literario, escénico, musical, plástico) es otro signo alentador. Queda aún mucho por hacer, para que la profesionalidad del creador artístico pueda considerarse alcanzada: un *best-seller* uruguayo (por ejemplo, el polémico ensayo político-social *El país de la cola de paja*, de Mario Benedetti, con sus tres ediciones) no pasa de 5,000 ejemplares. Pero hace un par de años, nadie podía hablar de tirajes ni de ediciones en el Uruguay.

• En materia de artes plásticas, el Salón Municipal ha sustituido los premios por adquisiciones, con destino a museos de la ciudad. Y tal sistema se ha demostrado el mejor. Este año, la fluidez de trato entre jurados y artistas permite incluso regatear adquisiciones, ajustándolas a disponibilidades, y el salón —rección abierto al público, último juez— muestra la prevalencia de los informales, en la actual pintura uruguaya. Otros hechos recientes lo mostraban también. El informalista uruguayo Ventayol obtuvo el premio al mejor artista latinoamericano (mil dólares) en la Bienal de São Paulo. Y al instituirse por primera vez el Premio Blanes (así llamado en homenaje a un gran pintor uruguayo del siglo pasado) que financia el Banco de la República, fue también un informalista quien lo ganó. El Banco de la República nombra un jurado de expertos e invita a seis pintores, electos por tal jurado, a hacer sus envíos a esa competencia restringida. Estudia el jurado los envíos y discierne un premio que es relativo no sólo a la obra expuesta sino a la confirmación, corroboración o culminación que ella supone, con respecto a toda la ejecutoria actual del pintor. El premio es de 20,000 pesos uruguayos (a la coti-

zación actual, algo menos de 2,000 dólares), y en su primera adjudicación lo obtuvo, con cuadros informalistas casi absolutamente *negros*, el pintor Spósito. A todos esos índices de interés profundo por la pintura informalista, puede agregarse la resonancia que tuvo en Montevideo la exposición del pintor español Tapiés, realizada en el Museo del Centro de Arte y Letras del diario *El País*.

• Después de una etapa de crecimiento pujante pero inorgánico del teatro independiente en el Uruguay, debido inicialmente a la incomunicación con Argentina que impuso a Montevideo el gobierno peronista, y tras algunos síntomas de fatiga, el movimiento de los teatros *amateurs* y profesionales de la ciudad llega a alcanzar cada día una mejor madurez. La Comedia Nacional —que, a pesar de su nombre, es una empresa municipal y funciona en el Solís— es el elenco que maneja más dinero. Pero ha llegado a un peligroso punto de estagnación, ocasionado por la mediocridad de su regencia por un consejo a cuota política, sin planes definidos en materia escénica. En estos días, tras el éxito de *Largo viaje del día hacia la noche*, de O'Neill, lleva a escena, con propiedad y largueza (hasta el tedio) una versión teatral de *Almas muertas*, de Gogol, obra conjunta de la directora del espectáculo, Laura Escalante, y de la poetisa Ida Vitale. La crítica ha reconocido la plucridad de la versión, pero se ha agraviado de su servilismo lineal, del que deriva una desmesurada longitud.

Más estimulantes son los espectáculos del Teatro de la Ciudad de Montevideo (TCM), rama desgajada de la Comedia Nacional. Con algunos de los mejores actores del elenco oficial (Enrique Guarnero, Concepción Zorrilla, Juan Jones) y con la dirección de Antonio Larreta —uno de los hombres de teatro más interesantes del país— el TCM hace teatro profesional, y en menos de un año de instalación como empresa ha ganado lo bastante para emprender, en estos días, la conquista de la plaza de Buenos Aires. Actúa ahora en el Teatro Coliseo, de la capital argentina. Pero antes, al despedirse temporariamente de su público montevideano, estrenó una versión de *La gaviota* de Chejov, hermosa de deco-



Uruguay: Rio de la Plata

rado y de trajes, estudiada y minuciosa de dirección, con algunas insalvables defecciones en el extenso reparto. Fue, globalmente, un éxito, por la distinción general que se obtuvo para el espectáculo.

Una entidad independiente, Club de Teatro, fue saqueada para reclutar el elenco del TCM, y sufrió durante meses esa esquilación. Ahora, reaccionando, acaba de estrenar *Raíces (Roots)* el dramaturgo inglés Wesker, y ha conseguido que la crítica le conceda, por el interés del nuevo título y el acierto general de la representación, un tipo de atención que comenzaba a languidecer en torno a las actuaciones de este conjunto de élite, dueño de un teatrillo de poche que es de los más lindos de Montevideo, y está en pleno centro de la ciudad.

• La Universidad ha tenido una dura batalla contra el oficialismo gobernante, y en todo ese lance ha defendido su autonomía, al tiempo que el oficialismo la calificaba de comunista, fidelista, etcétera. Ernesto Guevara, proveniente de la conferencia del CIES, habló en el Paraninfo en agosto, y a la salida de la conferencia —que el orador mantuvo en un tono de estudio económico— los pequeños grupos neo-fascistas que pululan, auspiciados por ingentes cantidades de dinero, quisieron tirotear el auto en que se iba el ministro de Economía cubano, y mataron a un profesor de la Universidad. La policía no ha podido aún dar con los asesinos, pero el hecho marcó una hora crítica en la reacción dirigida contra la Universidad. Ésta salió a capearla de varios modos, y uno de ellos —el más exitoso— resultó ser la organización de Semanas Universitarias, radicadas en capitales del interior del país, en las que, si funcionan centros de enseñanza secundaria y de preparatorios, no hay todavía, establemente, organismos de enseñanza superior. El rector, doctor Casinoni, preside estas Semanas, la primera de ellas realizada en Colonia, antes de los hechos críticos reseñados, y las dos últimas en Paysandú y en Mercedes. Chocaron inicialmente contra la frialdad, el boicot y la hostilidad de los grupos “demócratas” de derecha, pero se abrieron paso hasta su actual triunfo. En la primera de las dos más recientes, en Paysandú, se inauguró una cátedra volante de cultura y arte continentales, bautizada por la Universidad como “Cátedra América” y confiada honorariamente al conocido crítico chileno Ricardo Latcham, quien es actualmente embajador de su país en el Uruguay. Las dos clases magistrales de Latcham han sido los puntos culminantes de las Semanas de Paysandú y de Mercedes.

• La discriminación ideológica anti-castrista, directa o encubierta, ha motivado en estos días dos hechos de cierta resonancia. El ministerio de Instrucción Pública, ante denuncias de la prensa oficialista, resolvió separar temporariamente de su cargo de director del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios (INIAL) al profesor y poeta Roberto Ibáñez, para iniciar un sumario tendiente a averiguar en qué condiciones abandonó transitoriamente dicho cargo, para viajar al exterior. Ibáñez es director honorario del INIAL, ha viajado ya otras veces sin solicitar licencia —por entender que el suyo es un servicio desconcentrado, a tenor de la ley

que lo creó— y no había tenido hasta ahora problemas. Pero este viaje fue hecho en el avión en que regresó a Cuba el ministro Guevara, e Ibáñez concurrió a La Habana, invitado por Casa de las Américas, a recibir el Premio de Poesía que había obtenido en el Segundo Concurso Literario Hispanoamericano de Casa de las Américas, con su libro *Frontera*. (También estuvo en México.)

El otro episodio fue protagonizado por el famoso crítico argentino de pintura, Jorge Romero Brest. Éste había sido contratado por el poderoso diario *El País* para dar un ciclo de conferencias sobre pintura, en el Centro de Arte y Letras, frecuente sede céntrica de importantes exposiciones. Pero el día en que debía hablar sobre “Los 80 años de Picasso”, Romero Brest advirtió que en el Centro de Arte y Letras figuraba una exposición política de cuño anti-comunista, en el sexto aniversario de la Revolución Húngara, y suspendió la conferencia y el cursillo, con una breve misiva —que el diario publicó y contestó muy acremente al otro día, en un suelto titulado “Las iras del profesor”— en la que explicó a sus oyentes que había acudido a dar sus charlas en un centro de arte y no en un centro político.

• Un grupo de jóvenes judíos ha logrado financiar una revista literaria, que aparecerá como vehículo de acercamiento entre las culturas judía y uruguaya, y se llamará *Puente*. Los escritores más representativos de la Generación del 45,

antes divididos en tres y hasta cuatro revistas beligerantes, han convenido —ya en la madurez de sus edades— actuar codo con codo, formando el equipo correspondiente a la parte uruguaya de *Puente*, que ofrece así el Consejo de Redacción más capitoso que puedan dar las jóvenes letras del Uruguay, con los nombres de Emir Rodríguez Monegal, Fernando García Esteban, Mario Benedetti, Arturo Sergio Visca, José Pedro Díaz, Ángel Rama y Carlos Martínez Moreno.

• El poeta chileno Julio Barrenechea está en Montevideo, haciendo ambiente para sus planes de integración cultural de América Latina, a través de una comisión internacional de cultura y proyectos de vastas editoriales, exposiciones, revistas, festivales de coros, etcétera, para los que ha declarado tener el apoyo del gobierno venezolano de Betancourt y del Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Más sigilosamente que Barrenechea, otro poeta chileno —Gonzalo Rojas— estuvo un día en Montevideo, de regreso a Chile luego de un viaje por México, Venezuela y Brasil, que realiza organizando un Encuentro de Hombres de América, que en enero próximo realizará la Universidad de Concepción, al Sur de Chile. El invitado uruguayo único será el novelista, comediógrafo, poeta y crítico uruguayo Mario Benedetti, que oficiará de relator del tema “Evasión y arraigo del pensamiento en América Latina”.

[Montevideo, noviembre 6 de 1961]

Carta de Buenos Aires

Por Arnoldo LIEBERMAN

En 1961 y dentro de lo que me permite la memoria, han habido en esta capital diversas manifestaciones del arte, algunas dignas de comentarse con cierta prolijidad. Creo que el más importante de estos hechos se ha radicado en nuestra cinematografía. Una nueva generación de inquietos directores, venidos muchos del cortometraje, ha invadido, para bien de todas las cosas, el campo del séptimo arte, el de la imagen dinámica como forma expresiva y como lenguaje. Ya el cine argentino contaba, antes de 1961, con las figuras consagradas de Leopoldo Torre Nilsson, cabeza de puente de la nueva cinematografía, y de Fernando Ayala, inteligente director de *El jefe*, el mejor de los films nacionales hasta el año 61. Ambos habían basado —y aún lo siguen haciendo— sus producciones en argumentos o novelas de esclarecidos escritores argentinos: Jorge Luis Borges, Samuel Eichelbaum, Beatriz Guido —su esposa— para el primero; David Viñas, autor de *Los dueños de la tierra*, una de las más notables novelas argentinas, para el segundo. Pero fue este año en que una pléyade de nuevos y valiosos elementos encaró el largometraje, filmando con sinceridad, con vibración y calidad humana, con idoneidad, con pasión. Nombres como los de Lautaro Murúa —chileno de origen—, José David Kohon, José Martínez Suárez, Fernando Birri, Simón Feldman, Enrique Dawi, inaugu-

raron desde sus lúcidas y batalladoras juventudes (30 a 35 años, término medio) una nueva forma, una genuina manera de encarar el cine como verdadera expresión artística, en su doble dimensión de validez estética y social. Venían con algo que decir, con mucho. Lo están diciendo. Films como *Shunko* de Lautaro Murúa, basado en la novela de Ávalos, adaptada por un formidable escritor paraguayo radicado entre nosotros, Augusto Roa Bastos, fue uno de los primeros deslumbramientos en este sentido. Un maestro de provincia, haciendo del magisterio un verdadero apostolado, un apostolado de verdad, no declamativo, enseña las primeras letras, en la intemperie del campo, a un grupo cada vez más nutrido de niños santiagueños (de Santiago del Estero, una de nuestras provincias más atrasadas). Debe vencer para ello la oposición de los padres, que prefieren que el niño los ayude en el campo, en la cosecha, antes de verlo “perder el tiempo” en educarse, pues “¿para qué sirve saber escribir y leer?” Lautaro Murúa, con este sencillo tema, filmado con una increíble economía de medios, con un lenguaje dinámico, con una cámara inquieta, con un diálogo escueto y efectivo, consigue emocionarnos profundamente y, por vez primera, oxigena con el más puro de los oxígenos nuestra ya ultra artificiosa cinematografía. En ocasión de su estreno dijimos: